

azares de la suerte. Aníbal habló á los tarentinos con mucha benevolencia, y al recordarles los beneficios que dispensó á sus conciudadanos que hizo prisioneros en Trasimeno y en Cannas, no pasó en silencio el orgulloso despotismo de los romanos. En seguida dispuso que todos los tarentinos se retirasen á sus casas y escribiesen sus nombres sobre sus puertas, manifestando que iba á dar en seguida la señal para que saqueasen las casas que no tuviesen inscripción. Que si alguno escribía un nombre sobre la puerta de un ciudadano romano (habíanles cedido las casas vacías) le trataría como á enemigo. Dicho esto, disolvió la asamblea, y cuando por las inscripciones de las puertas pudieron distinguir las casas amigas de las enemigas, dió la señal, y los cartagineses se precipitaron al saqueo de las casas romanas, en las que recogieron algún botín.

A la mañana siguiente llevó Aníbal su ejército al ataque de la fortaleza; pero reconoció que, formando una península, la defendían altísimos peñascos por el lado del mar, que la baña en su mayor parte, y por el de la ciudad, una muralla y profundo foso, siendo por consiguiente imposible apoderarse de ella ni por asalto ni por sitio regular. No queriendo retrasar empresas mucho más importantes por defender á los tarentinos, ni dejarles tampoco sin protección suficiente, expuestos á los ataques de la fortaleza cuando pluguiese á los romanos hacer salidas, decidió elevar una fortificación entre la ciudad y la fortaleza. Esperaba además poder venir á las manos con los romanos, que no dejarían de interrumpir los trabajos; y, si se dejaban llevar muy lejos, debilitar con un descalabro á la guarnición, de suerte que los tarentinos solos bastasen después para la defensa de la ciudad. Efectivamente, en cuanto comenzaron los trabajos, abrieron una puerta y los romanos cayeron sobre los trabajadores. Las fuerzas que de-

fendían las líneas se dejaron rechazar, con objeto de atraer más lejos y en mayor número á los enemigos enardecidos por el éxito. Entonces los cartagineses que solamente esperaban la señal, se presentan á la vez por todas partes; quedan derrotados los romanos, y, en su precipitada fuga, la falta de espacio, los trabajos comenzados, los materiales amontonados para ellos son otros tantos obstáculos que les detienen. La mayor parte se precipitan al foso y la fuga es más mortífera que el combate. Desde aquel momento, nada detuvo ya á los trabajadores, que abrieron un foso enorme, elevando un muro por el lado de la ciudad. Quiso Aníbal que se construyese una muralla á cierta distancia, para que los tarentinos, hasta sin socorros, pudiesen defenderse de los romanos: sin embargo, dejóles débil guarnición, para que les ayudase á fortificarse, yendo él mismo con las tropas restantes á acampar en Gelesa, á cinco millas de la ciudad. Regresando en seguida á Tarento para examinar las obras, encontrólás algo más avanzadas de lo que esperaba, y acarició la esperanza de apoderarse de la fortaleza. En efecto, por el lado de tierra, en vez de encontrarse muy elevada como en los otros, está al nivel de la ciudad, de la que solamente la separan un foso y una muralla. Máquinas de todas clases comenzaban ya á combatirla, cuando un socorro enviado de Mataponto á los romanos reanimó su valor. Llegada la noche, cayeron de improviso sobre los trabajos de los enemigos, destruyendo una parte y quemando los demás. Aníbal tuvo que renunciar á todo ataque por este lado, no pudiendo confiar ya más que en un bloqueo y este no podía ser completo. En efecto, las tropas dueñas de la fortaleza, que colocada en una península domina la entrada del puerto, comunicaban libremente con el mar, mientras que la ciudad nada podía recibir por este lado, pudiendo temer el hambre los

sitiadores más que los sitiados. Aníbal convoca á los principales ciudadanos de Tarento, les expone todas las dificultades que se presentan: «No había medio de tomar por asalto una posición tan bien fortificada y el bloqueo no ofrecía ninguna probabilidad de éxito, mientras los enemigos fuesen dueños del mar. Que si tuviesen naves para detener los convoyes, muy pronto se verían obligados á retirarse ó á rendirse.» Los tarentinos opinan como él; pero les parecía que el que expresaba aquella opinión debía proponer los medios de ejecutarla. «Podría triunfarse trayendo de Sicilia naves cartaginesas, porque sus propias naves, encerradas en estrecha dársena, ahora que el enemigo era dueño de la entrada del puerto, no podrían salir y ganar la alta mar.» — «Saldrán, dijo Aníbal; frecuentemente triunfa la industria de la naturaleza y de los obstáculos. Tenéis una ciudad situada en la llanura, vuestras calles son planas y bastante anchas en todas direcciones. Por la que atraviesa la ciudad desde el puerto al mar, no me será muy difícil trasportar vuestras naves sobre carros (1), y entonces será nuestro ese mar, en que ahora manda el enemigo. Sitiaremos la fortaleza por mar y tierra y muy pronto quedará abandonada por los enemigos, ó con ellos caerá en nuestro poder.» Estas palabras infundieron esperanzas de triunfo é inmensa admiración al general. En un momento reúnense carros por todas partes atándoles fuertemente unos con otros; las máquinas sacan del agua las naves, y se prepara el terreno para

(1) Cerca de diez y siete siglos después empleó el mismo medio Mahomet II en el sitio de Constantinopla. No pudiendo forzar la entrada del puerto, cerrado con una cadena, concibió el atrevido proyecto de hacer trasportar sus barcos por tierra por un camino de maderos y tablas engrasadas, desde el Beiforo hasta lo alto del puerto. Esta gigantesca operación se realizó en una sola noche.

que las carretas rueden con más facilidad y el trasporte sea menos difícil. Reuniendo en seguida caballos y hombres, pónense animosamente á la obra, y pocos días después una flota equipada y dispuesta da vuelta á la ciudadela y fondea á la entrada del puerto. En esta situación se encontraban las cosas en Tarento cuando regresó Aníbal á sus cuarteles de invierno. Por lo demás, ¿fué en este año ó en el anterior cuando tuvo lugar la defección de los tarentinos? Los escritores no están de acuerdo; pero según el mayor número y los más inmediatos á la época de los sucesos, ocurrió en el año de que nos ocupamos.

Los cónsules y los pretores permanecieron en Roma hasta el quinto día antes de las kalendas de Mayo para las ferias latinas. En este día, después de ofrecer un sacrificio sobre el monte Albano, marcharon para encargarse cada cual de su mando. Los vaticinios de Marcio inspiraron muy pronto nuevas supersticiones. Había sido este Marcio célebre adivino; y el año anterior, cuando por un decreto del Senado se recogieron por todas partes los escritos de este género, los versos de Marcio habían caído en manos de M. Atilio, encargado del asunto. Atilio los remitió en seguida al pretor Sila. Confirmada una de las dos predicciones de Marcio por los acontecimientos después de los cuales se publicó, daba cierta autoridad á la otra cuyo tiempo no había llegado todavía. En la primera se encontraba vaticinada la derrota de Cannas de esta manera sobre poco más ó menos. «Hijo de Ilión, romano, huye del río Canna, por temor de que el extranjero te obligue á combatir en las llanuras de Diómedes. Pero no me creerás hasta que tu sangre haya inundado aquellas llanuras; hasta que el río haya llevado, desde la tierra fértil, millares de cadáveres al inmenso mar, y tu carne sea pasto de los peces, de las aves y de las bestias que habitan la

tierra. Así me lo ha dicho Júpiter.» Los que habían servido en el país, reconocían en él los campos de Diómedes, el río Canna y hasta la misma derrota. El segundo vaticinio, que se leyó en seguida, era más obscuro y menos terminante, no solamente porque el porvenir es más incierto que el pasado, sino porque los términos no eran tan precisos. «Romanos, si queréis arrojar al enemigo y libraros del azote que os envían comarcas lejanas, os aconsejo dedicar á Apolo juegos que anualmente se celebrarán en su honor con magnificencia. Que cada ciudadano, cuando el tesoro público haya contribuido en parte, contribuya por sí y por los suyos. A la celebración de estos juegos presidirá el pretor que administre la justicia suprema al pueblo y á los plebeyos. Que los decenviros celebren los sacrificios según los ritos griegos. Si cumplís exactamente estas órdenes, seréis siempre felices y vuestros asuntos mejorarán, porque este dios exterminará vuestros enemigos que se alimentan tranquilamente en vuestros campos.» Un día entero se empleó en explicar esta predicción. Al siguiente quedaron encargados los decenviros por un senatus-consulta de consultar los libros sibilinos con relación á los juegos y sacrificios que habían de celebrarse en honor de Apolo. Consultados los libros, los decenviros dieron su informe y el Senado decretó: «Que se establecerían y celebrarían juegos en honor de Apolo, y que, después de la celebración de los juegos, se darían al pretor doce mil libras de bronce para los sacrificios y para dos víctimas mayores.» Por otro senatus-consulta «los decenviros sacrificarían según los ritos griegos y ofrecerían á Apolo un buey y dos cabras blancas y á Latona una vaca, llevando las víctimas dorados los cuernos.» En el momento de comenzar estos juegos en el circo Máximo, hizo publicar el pretor que mientras duraban llevase el pueblo su ofrenda á Apolo,

pero sin fijar el valor. Tal es el origen de los juegos apolinales, establecidos y celebrados, no como se cree generalmente con ocasión de una epidemia, sino para conseguir la victoria. El pueblo asistió á ellos coronado de flores. Las señoras romanas hicieron plegarias; abriéronse las puertas de las casas y se comió en público, celebrándose aquel día toda clase de ceremonias.

Mientras Anibal acampaba en las cercanías de Tarento y los dos cónsules estaban en el Samnio, pero á punto, según parecía, de atacar á Capua, los campanios sufrían ya del hambre como después de un largo sitio, porque los ejércitos romanos les habían impedido sembrar sus campos. Por esta razón enviaron legados á Anibal rogándole hiciese llevar trigo á Capua de todos los puntos inmediatos, antes de que los cónsules entrasen con sus tropas en su territorio, apoderándose de todos los caminos. Anibal mandó á Hannón que pasase con su ejército del territorio de los brucios á la Campania y no omitir nada para el aprovisionamiento de Capua. Hannón partió del Brucio con sus tropas, evitando cuidadosamente el campamento de los enemigos y los cónsules, que se encontraban en el Samnio. Cuando llegó á corta distancia de Benevento, ocupó una altura á tres millas de la ciudad. Desde allí hizo recoger en los pueblos aliados de los alrededores y trasladar á su campamento todos los trigos que se habían depositado durante el estío, cuidando de que los convoyes fuesen bien escoltados, y avisó á los moradores de Capua el día en que habían de acudir á llevar el trigo con carros y toda clase de bestias de carga que pudiesen encontrar en los campos. Los campanios obraron en aquella ocasión con su acostumbrada flojedad y negligencia, enviando pocos más de cuatrocientos carros y algunas bestias de carga. Reconveniales enérgicamente Hannón porque ni el hambre misma, que da energía á los ani-

males, podía estimular su celo, y les señaló otro día para que acudiesen á llevarse el trigo con un convoy más numeroso. Enterados los beneventinos de lo ocurrido, enviaron diez diputados á los cónsules al campamento romano inmediato á Boviano. Instruidos de todos los detalles, los cónsules combinaron su plan: uno de ellos llevaría su ejército á la Campania, y Fulvio, á quien tocó por suerte el mando de esta expedición, entró de noche en Benevento. Encontrándose próximo al enemigo, supo que había marchado Hannón con parte de su ejército á buscar trigo; que el cuestor cartaginés lo había distribuido á los campanios; que habían llegado dos mil carros y con ellos una multitud sin orden y desarmada; que todo se hacía en medio del tumulto y la confusión; que no había ni apariencia de campamento ni de disciplina militar en aquella mezcla de soldados y campesinos del país. Con estas noticias, el cónsul mandó á los soldados que preparasen para la noche siguiente las enseñas solamente y las armas para atacar el campamento cartaginés. Partieron á la cuarta vigilia, dejando todos los bagajes en Benevento; y habiéndose presentado á los enemigos poco antes de amanecer, les infundieron tanto terror, que si el campamento hubiese estado en llano, indudablemente lo habrían tomado al primer ataque. Pero le defendían su elevada posición y sus fortificaciones inaccesibles por todas partes y á las que solamente podía llegarse por una pendiente escarpada y difícil. Al amanecer se trabó serio combate: los cartagineses defendieron sus fortificaciones, y como les favorecía la posición, hasta rechazaron á los romanos, que llegaban con dificultad á ellos.

Sin embargo, su obstinado valor venció todos los obstáculos, y en muchos puntos á la vez llegaron hasta las fortificaciones y los fosos, pero á costa de muchos muertos y herido. El cónsul convoca á los tribunos

de los soldados y les declara «que es necesario renunciar á una empresa temeraria; que le parece más seguro llevar aquel día el ejército á Benevento y apostarse al siguiente cerca del campamento de Hannón, de manera que ni éste pueda entrar ni los campanios salir; que para conseguirlo con más facilidad, llamaría al otro cónsul con su ejército y que los dos reunirían entonces sus operaciones en aquel punto.» Ya había mandado tocar retirada, cuando los gritos de los soldados que despreciaban aquella tímida orden desconcertaron los proyectos del general. La cohorte más inmediata á la puerta del campamento enemigo la formaban peliños. Vibio Acueo, que la mandaba, cogió una enseña y la arrojó á las fortificaciones; y pronunciando entonces imprecaciones contra él mismo y contra la cohorte si no se lanzaban á recogerla, franquea delante de todo el foso y la empalizada y se lanza al campamento cartaginés: los peliños habían penetrado con él y peleaban con ardor. En otro punto, Valerio Flaco, tribuno de los soldados de la tercera legión, reconviene á los romanos porque abandonan cobardemente á los aliados todo el honor de la victoria. Animado por estas reconvenciones T. Pedanio, primer centurión, arranca la enseña al que la llevaba y exclama: «Esta enseña y este centurión estarán en seguida al otro lado de la empalizada. Qué me sigan los que no quieran que el enemigo se apodere de ellos.» Y en el acto se lanza. Sus manipularios primero, y después toda la legión, se precipitan detrás. El cónsul, que habia cambiado ya de opinión, al verlos franquear las empalizadas, lejos de llamar á los soldados, les anima y excita, mostrándoles la crítica y peligrosa posición en que se encuentra la cohorte más valiente de los aliados y la legión más intrépida. En seguida todos, sin atender á las dificultades del terreno, á pesar de los venablos que lueven por todas par-

tes, á pesar de los enemigos que les oponen sus armas y sus cuerpos, suben y se lanzan; muchos quedan heridos, y hasta aquellos que perdían la sangre y las armas procuraban caer dentro de las empalizadas. De esta manera el campamento fué tomado en un instante, como si hubiese estado en llano y sin fortificaciones que lo cubriesen. Cuando todos se encontraron mezclados, el combate se convirtió en matanza, quedando tendidos más de seis mil enemigos. Hicieronse más de siete mil prisioneros, comprendiendo en ellos los campanios, que habían venido á buscar trigo y todo el convoy de carros y bestias de carga. Encontróse también allí inmenso botín, que Hannón, talando los campos por todas partes, había recogido de los aliados del pueblo romano. El ejército, después de destruir el campamento enemigo, volvió á Benevento, y allí los dos cónsules (porque Apio Claudio llegó pocos días después) vendieron y repartieron el botín: concediéronse recompensas á los valientes á quienes se debía la toma del campamento, y en primer lugar al peliño Acueo y á T. Pedanio, primer centurión de la tercera legión. Hannón recibió la noticia de la captura de su campamento cuando se encontraba en Cominio Cerito; saliendo con algunos merodeadores que casualmente tenía á su lado, y dirigió su marcha, ó mejor dicho, su fuga hacia el Brucio, adonde llegó en breve.

Enterados los campanios de la derrota que acaban de experimentar, tanto ellos como sus aliados, envían legados á Aníbal para informarle de que «los dos cónsules se encuentran en Benevento, á una jornada de Capua; que por consiguiente, la guerra está casi en sus puertas y delante de sus murallas. Que si no acude apresuradamente á socorrerles, Capua caerá en poder de los romanos en menos tiempo que Arpi. Ni Tarento mismo, y mucho menos sin fortaleza, debían valer tanto

para él, que entregase Capua, á la que se complacía llamar la segunda Cartago, sin apoyo ni defensa al pueblo romano.» Aníbal prometió velar por la seguridad de los campanios, y por el momento envió con los legados dos mil jinetes, que debían ayudarles á impedir la devastación de su territorio. Aunque los romanos estaban ocupados en otra parte, no olvidaban la fortaleza de Tarento ni la guarnición sitiada en ella. El legado C. Servilio, enviado por el pretor P. Cornelio, según orden del Senado, á comprar trigos en la Etruria, penetró, á pesar de la vigilancia del enemigo, en el puerto de Tarento con algunas naves cargadas. Antes de la llegada de Servilio, los romanos sitiados apenas tenían esperanzas; en frecuentes conferencias les exhortaban los enemigos á rendirse; pero ahora ellos eran los que exhortaban á los tarentinos á volver á su partido. La guarnición era bastante fuerte desde que habían hecho pasar á la fortaleza de Tarento, para su defensa, las tropas que se encontraban en Mataponto. En cambio los metapontinos, libres del temor que los dominaba, se habían entregado á Aníbal. Los de Thurio, ciudad situada en la misma costa, habían hecho lo mismo; arrastrados, no solamente por la defección de los habitantes de Tarento y Mataponto, originarios, como ellos, de la Acaya, y con los que les unían lazos de familia, sino muy especialmente por el odio que les había inspirado contra los romanos la reciente matanza de los rehenes. Los amigos y parientes de aquellos desgraciados habían enviado á Hannón y Magón, que se encontraban cerca, en el Brucio, cartas y mensajeros para decirles: «que si llevaban sus ejércitos bajo las murallas de la ciudad, se la entregarían.» M. Atinio mandaba en Thurio con débil guarnición. Los conjurados creían que se dejarían atraer irreflexivamente al combate, porque confiaba plenamente, no en sus soldados,

que eran muy pocos, sino en la juventud de Thurio; por cuya razón la había dividido en centurias y armado para utilizarla en caso de necesidad. Los dos generales cartagineses se dividieron las tropas y entraron por territorio de Thurio. Hannón, con la infantería, marchó abiertamente contra la ciudad, y Magón quedó con la caballería al abrigo de las colinas, muy á propósito para una emboscada. Los exploradores de Atilio no vieron más que la infantería. Ignorando á la vez la traición de los habitantes y la emboscada del enemigo, sacó en seguida las tropas á la llanura. El combate se trabó sin brío entre la infantería de los dos bandos. En la primera fila había muy pocos romanos y los thurinios esperaban el resultado, sin tomar parte muy activa: los cartagineses retrocedían de intento para atraer al enemigo hasta detrás de la colina ocupada por su caballería; y una vez llevado el combate á este terreno, avanzan los jinetes lanzando terribles gritos y caen sobre la multitud de thurinios, que apenas conservan las filas y que, poco fieles al partido por que luchan, se ponen en fuga inmediatamente. Los romanos, aunque rodeados, aunque estrechados, de una parte por la infantería y de otra por la caballería, prolongan sin embargo el combate; pero concluyen también por volver la espalda y huir hacia la ciudad. Reunidos allí los conjurados, abren las puertas, reciben á los suyos, y al ver á los romanos derrotados huir hacia la ciudad, gritan: «que los cartagineses vienen detrás y que el enemigo va á entrar revuelto con los romanos si no se apresuran á cerrar las puertas.» Abandonados de esta manera los romanos, quedan entregados á los golpes del enemigo. Sin embargo, recibióse á Atinio con algunos de los suyos. Durante algunos momentos reinó la división en la ciudad; querían defenderla unos, y otros, que, cediendo á la fortuna, se entregase á los vencedores. Pero en último caso,

ahora como siempre la fortuna y el crimen triunfaron. Llevaron á Atinio á la playa, y, después de embarcarle con los suyos, menos por respeto á los romanos que por gratitud á la dulzura y equidad de su gobierno, abrieron la ciudad á los cartagineses. Los cónsules hicieron pasar sus legiones de Benevento á la Campania, con el propósito de destruir los trigos, ya crecidos, y de sitiar á Capua; lisonjeándose con ilustrar su consulado por medio de la destrucción de una ciudad tan poderosa, al mismo tiempo que harían cesar todo lo que había de humillante para la república en dejar durante tres años impune la defección, en las mismas puertas de Roma, por decirlo así. Sin embargo, Benevento no debía quedar desguarnecido, y en caso de ataque imprevisto, querían tener caballería que oponer á Aníbal, si, como creían seguro, venía en socorro de sus aliados de Capua. En vista de esto, enviaron orden á T. Graco para que se trasladase á Benevento con la caballería y la infantería ligera que tenía en Lucania, y para conservar sus posiciones, que pusiese á uno de sus legados al frente de las legiones que dejaba en cuarteles de invierno. Antes de dejar la Lucania, hizo Graco un sacrificio de triste presagio para él: al terminar el sacrificio salieron de debajo de tierra dos culebras, royeron el hígado de las víctimas y desaparecieron en cuanto las vieron, haciéndose completamente invisibles. Por consejo de los arúspices se comenzó de nuevo el sacrificio; pero á pesar del cuidado con que se separaron las entrañas, volvieron los reptiles, y dícese que por dos veces mordieron el hígado, alejándose sin que pudieran alcanzarlos. Los arúspices declararon que el prodigio se refería al general y trataron de precaverle contra las tramas de algunos falsos amigos, pero ninguna precaución pudo librarle del golpe fatal que le amenazaba. Cuando una parte de la Lucania abrazó la causa de Aníbal, un tal

Flavio se puso á la cabeza de aquellos lucanios que estaban por los romanos, ejerciendo este año las funciones de pretor, que su partido le había conferido. Este hombre, cambiando de pronto de intención, y queriendo granjearse el favor del general cartaginés, creyó que no sería bastante pasar él mismo al enemigo y arrastrar á los lucanios en su traición, si no sellaba sus compromisos con la vida y sangre del general, del huésped á quien iba á vender. Secretamente marchó á avistarse con Magón, que mandaba en el Brucio, y recibió de él la seguridad de que, si entregaba al general romano, los lucanios, hechos aliados de Cartago, conservarían su libertad y sus leyes. Llevóle al sitio adonde se proponía atraer á Graco con débil escolta, y le invitó á emboscarse allí con considerables fuerzas de infantería y caballería. Perfectamente señalado el paraje, reconocidas todas las avenidas, señalan día para la ejecución del proyecto. Flavio marcha en seguida á ver al general romano y le dice que «ha formado un gran proyecto, mas para realizarlo necesita la cooperación del mismo Graco. He conseguido persuadir á los pretores de todos los pueblos, que en aquella revolución general de la Italia habían pasado á Cartago, que volviesen á la alianza de Roma; les he hecho ver al imperio romano, que por el desastre de Cannas se inclinaba á su ruina, levantándose y consolidándose de día en día, mientras que las fuerzas de Anibal se debilitan y están casi extinguidas. Su falta, antigua ya, no encontraría á los romanos implacables, porque jamás había existido pueblo más clemente é inclinado á perdonar: ¡cuántas veces había perdonado las sublevaciones de sus antepasados! Estas habían sido sus palabras; pero los pretores deseaban oirlas al mismo Graco y estrechar su mano para poder llevar á sus conciudadanos esta prenda de amistad. Hábiales, pues, señalado un

punto de cita en paraje solitario en las cercanías del campamento romano, y allí podría terminar con pocas palabras una negociación que devolvería toda la Lucania á la amistad y alianza de los romanos.» Sin sospechar Graco fraude alguno en aquel lenguaje y aquel proyecto, seducido por la verosimilitud del relato, parte del campamento con sus lictores y una turma de caballería, y guiado por su huésped, cae en la emboscada. Lánzase en seguida los enemigos, y para no dejar duda alguna de su traición, Flavio se une á ellos: una lluvia de venablos cae sobre Graco y sus jinetes; el general echa pie á tierra, manda á los suyos que hagan lo mismo y les exhorta «á honrar con su valor el único recurso que les deja la fortuna. Un puñado de soldados envueltos por multitud de enemigos, en un valle dominado por bosques y montañas, ¿qué otra cosa pueden hacer sino morir? ¿Pero habían de presentar la garganta como manso rebaño y dejarse degollar sin venganza, ó encendido en ira el ánimo lanzarse sobre el enemigo con la audacia de la desesperación y cubiertos con su sangre morir sobre montones de armas y cadáveres? Que todos dirijan sus espadas contra el traidor, el desertor lucanio. El que envíe delante de él esta víctima á los infiernos, recogerá inmensa gloria y podrá consolarse noblemente de su muerte.» Dichas estas palabras, envuelve el brazo izquierdo en el manto (porque ni siquiera habían llevado escudos) y ataca al enemigo. El combate fué más obstinado de lo que podía esperarse de tan corto número. Los romanos, al descubierto y encerrados en lo profundo del valle, son acribillados con dardos que les arrojan desde puntos más altos. Graco queda casi solo y los cartagineses se empeñan en cogerle vivo: pero habiendo visto en medio de los enemigos á su huésped lucanio, se lanza con tanto furor para alcanzarle, que solamente se le hubiese podido

respetar á costa de la vida de muchos soldados. En cuanto murió, le envió Magón á Aníbal y lo hizo exponer con los haces que habían cogido delante de la tienda del general. Esta es la tradición más verdadera. Graco pereció en Lucania, en un paraje llamado Campo Viejo.

Creer algunos que este acontecimiento ocurrió en territorio de Benevento. Graco salió del campamento para bañarse en el Caloro, acompañándole solamente los liectores y tres esclavos; sorprendido allí desnudo y sin armas por enemigos ocultos detrás de los sauces de la orilla, después de defenderse con las piedras que arrastra el río, cayó y fué muerto. Dicen otros que, por consejo de los arúspices, habiéndose alejado cincuenta pasos del campamento, para expiar, en sitio puro, los prodigios que ya se han referido, fué envuelto por dos turmas de caballería nómada, dispuestas en emboscada; tan poca conformidad hay acerca de la muerte de aquel varón tan notable y famoso y del paraje en que ocurrió. Igual diversidad de opiniones hay en cuanto á sus funerales: dicen unos que los mismos soldados le inhumaron en el campamento romano; otros, y esta es la tradición más acreditada, dicen que Aníbal le hizo construir una pira á la entrada de su campamento; que el ejército desfiló sin armas; que los españoles ejecutaron sus danzas nacionales; que cada pueblo de que se componía el ejército cartaginés hizo las evoluciones y ejercicios propios de su país, y que el mismo Aníbal honró aquella ceremonia con toda la pompa y todos los elogios posibles. Tal es el relato de los escritores que colocan el hecho en Lucania. Si se cree á los que lo suponen en las orillas del Caloro, solamente su cabeza cayó en poder del enemigo. Habiéndola recibido Aníbal, hizo que Carthalon la llevase al campamento romano y la entregase al cuestor Cn. Cornelio, y este celebró en

el campamento los funerales de su general, en presencia de los habitantes de Benevento que asistieron con el ejército á esta ceremonia.

Los cónsules, que habían entrado en territorio de Capua, llevaban la devastación por todas partes, cuando una salida de los habitantes y de Magón, al frente de su caballería, les infundió tal espanto, que llamaron á las enseñas á los soldados desparramados, y que derrotados antes de poder formarse en batalla, perdieron más de mil quinientos hombres. Este triunfo aumentó el orgullo de aquella nación naturalmente presuntuosa y no cesaba de hostigar á los romanos; pero el resultado de un combate, aventurado con demasiada ligereza, hizo más circunspectos á los cónsules. Un acontecimiento de poca importancia levantó el valor de los unos y abatió la audacia de los otros: porque en la guerra los sucesos más pequeños tienen frecuentemente grandes consecuencias. Era huésped y amigo de T. Quincio Crispino un campanio llamado Badio. La amistad se había hecho más estrecha porque, antes de la defección de Capua, Badio, enfermo en Roma, había recibido en casa de Quincio asiduos y generosos cuidados. Badio se presentó en los puestos avanzados é hizo llamar á Crispino. Este, que esperaba una entrevista amistosa y que á pesar de la pública separación de los dos pueblos, había conservado el recuerdo de su amistad particular, se alejó de los suyos. Cuando se encontraron. «Crispino, le dijo el campanio, te reto á combatir; montemos á caballo, y separando á todos, veamos cuál de los dos es mejor guerrero.» Crispino le contestó: «Que ni al uno ni al otro faltaban enemigos contra quienes ejercitar su valor; que por su parte, aunque le encontrase en la batalla, se separaría para no manchar su mano con la muerte de su huésped.» Y dicho esto, se retiró. Pero el campanio, insolentándose más, le increpó de tímido y

cobarde, dirigiendo á aquel valiente guerrero los ultrajes que él mismo merecía. Díjole «que era un enemigo demasiado hospitalario, que fingía perdonar á un huésped, porque sabía bien que no podía hacerle frente. Que si la ruptura de los tratados entre las dos naciones no le parecía suficiente para romper las amistades particulares, Badio Campanio hacía saber á T. Quincio Crispino de Roma que renunciaba públicamente á toda relación de hospitalidad en presencia de los dos ejércitos que les escuchaban. Era enemigo y abjuraba todo comercio, toda relación con otro enemigo que venía á sitiarse su ciudad, los dioses de su nación y los suyos. Si era hombre de valor, debía avanzar y combatir.» Por mucho tiempo vaciló Crispino; pero cediendo al fin á las instancias de sus compañeros de armas que le excitaban para que no dejase impunes los insultos del campanio, solamente se detuvo para pedir á sus jefes permiso para combatir fuera de las filas al enemigo que le había provocado; obtenido, empuñó sus armas, montó á caballo, desafió nominalmente á Badio y lo llamó al combate. No se hizo esperar el campanio, lanzándose vigorosamente el uno contra el otro. Crispino traspasó con la lanza el hombro izquierdo de Badio por encima del escudo, y viéndole caer por consecuencia de la herida, se precipitó del caballo para concluir á pie con su enemigo. Pero Badio, antes de que le alcanzase, abandonó el caballo y el escudo y se refugió en las filas de sus compatriotas. Crispino se apoderó del caballo y de las armas, y orgulloso con el trofeo, blandió la ensangrentada lanza, y en medio de los aplausos y felicitaciones de sus compañeros, fué llevado ante los cónsules, que le colmaron de pomposos elogios y de regalos.

Aníbal trasladó su campamento del territorio de Benevento á las cercanías de Capua; y al día tercero de su llegada formó sus tropas en batalla, no dudando que,

si pocos días antes habian conseguido la ventaja los campanios, en ausencia suya, con mayor razón no sostendrían los romanos el choque de Aníbal y de su ejército tantas veces victorioso. En efecto: en cuanto se trabó el combate, la infantería romana, abrumada por lluvia de venablos que le arrojaban los jinetes enemigos, comenzó á ceder. A una señal dada, los jinetes se lanzan contra el enemigo: ya no era aquello más que un combate de caballería, cuando se vió á lo lejos el ejército de Sempronio, cuyo mando había tomado el cuestor Cn. Cornelio (1), lo que hizo temer á los dos bandos la llegada de nuevos enemigos. Como de común acuerdo, tocaron retirada en ambas partes, y los ejércitos volvieron á sus campamentos después de ventajas casi iguales; sin embargo, la pérdida fué mayor por parte de los romanos, malparados en el primer ímpetu de la caballería. Para alejar á Aníbal de Capua, á la noche siguiente partieron los cónsules cada uno por un lado, Fulvio hacia el territorio de Cumas, Claudio hacia el de los lucanos. Informado Aníbal á la mañana siguiente de que los romanos habian evacuado su campamento, y que cada cónsul había tomado un camino diferente, no supo al pronto á cuál perseguir; pero se decidió á marchar sobre las huellas de Apio, quien, después de pasearle por donde quiso, retrocedió á Capua. En aquellos parajes encontró ocasión Aníbal para conseguir otra victoria. M. Centenio, apodado Pénula, era uno de los centuriones más notables de la primera línea por su elevada estatura y su valor. Terminado su servicio, hizo que le presentase P. Cornelio Sula al Se-

(1) El cuestor provincial, como magistrado del pueblo romano, era superior á los tenientes, y después de la muerte del procónsul ó proprætor, y hasta en ausencia suya, ó mientras se esperaba la llegada de su sucesor, cuando cesaba en sus funciones, les reemplazaba en el mando de las tropas.

nado, y pidió el mando de un cuerpo de cinco mil hombres. «Conociendo el enemigo y los parajes, no tardaría en distinguirse; y todas las astucias de que habían sido víctimas los generales y ejércitos romanos las volvería contra su autor.» Temeraria era la promesa, pero no lo fué menos la credulidad, como si lo que hacía al soldado hiciese también al general. En vez de cinco mil hombres, le dieron ocho mil, mitad romanos y mitad aliados; en el camino recogió considerable número de voluntarios, y su ejército era casi doble cuando llegó á Lucania, donde se había detenido Aníbal después de perseguir inútilmente á Claudio. No era dudoso el resultado entre un jefe como Aníbal y un centurión; entre soldados veteranos, victoriosos siempre, y soldados bisoños, alistados precipitadamente y apenas armados. En cuanto estuvieron en presencia los dos ejércitos, cada uno tomó sus disposiciones sin rehusar el combate, que duró más de dos horas, no obstante la desigualdad de fuerzas, y el ardor de los romanos se mantuvo mientras vieron á su jefe delante de ellos; pero éste, por sostener su antigua fama y evitar la deshonra que le esperaba, si sobrevivía á una derrota provocada por su temeridad, sucumbió bajo los dardos del enemigo que desafiaba. Los romanos fueron derrotados en seguida; y como Aníbal les había cortado la retirada, haciendo que la caballería ocupase todos los pasos, apenas escapó un millar de soldados de aquella multitud, los demás perecieron aquí y allá y de diversas maneras.

Los cónsules comenzaron con extraordinario vigor el sitio de Capua; por todas partes se preparaba y transportaba lo necesario para esta empresa. Estableciéronse depósitos de trigo en Casilino; construyóse un fuerte en la desembocadura del Vulturno, en el sitio donde se encuentra hoy la ciudad; guarneciósese el que Fabio Máximo había construído anteriormente, con objeto de

dominar en el inmediato mar y en el río. Transportóse de Ostia á estos dos fuertes marítimos los trigos que acababan de traerse de Cerdeña y los que el pretor M. Junio había hecho comprar en la Etruria con objeto de asegurar víveres al ejército durante el invierno. Para aumentar el revés sufrido en Lucania, los voluntarios que, en vida de Graco, habían servido con fidelidad, abandonaron sus enseñas, como si la muerte del general les libertase de sus juramentos. Aníbal no quería ni abandonar á Capua ni á sus aliados en tan grave peligro; pero alentado por el triunfo conseguido merced á la temeridad de un jefe romano, acechaba la ocasión de acabar con otro general y otro ejército. Los legados de la Apulia le decían que el pretor Cn. Fulvio, ocupado en recuperar ciudades que habían pasado á Aníbal, había mostrado al principio mucha circunspección; pero muy pronto éxitos brillantes y la abundancia del botín habían inspirado, así al general como á los soldados, tanta licencia y confianza, que ni siquiera observaban la disciplina. En más de una ocasión, y sobre todo por prueba reciente, había aprendido Aníbal lo que es un ejército con jefe inhábil, y se dirigió á la Apulia.

El pretor Fulvio y las legiones romanas se encontraban cerca de Herdonea; á la noticia de la aproximación de los cartagineses, faltó poco para que los soldados, sin orden del general, arrancando las enseñas, saliesen en batalla, deteniéndoles únicamente el profundo convencimiento de que podrían llegar á las manos cuando quisiesen. A la noche siguiente, enterado Aníbal del tumulto que había estallado en el campamento y de los gritos sediciosos con que pidieron los romanos á su general la señal del combate, se apresuró á aprovechar la ocasión de un éxito que no era dudoso; colocó tres mil hombres armados á la ligera en las granjas, en los ma-